

Este al verle se alegra, que imagino  
 Que, si al rocin atado no estuviera,  
 Ante las plantas de Roldan cayera.  
 Mientras los lazos este despedaza  
 Del escoces, y á revestir le ayuda  
 La fúlgida coraza  
 Que á aquel que la vistió dió muerte cruda,  
 La vista ansioso el buen Zerbino vuelve  
 Hacia Isabel, que, habiendo presenciado  
 La lucha desde lo alto de un collado,  
 A llegarse á los héroes se resuelve.

Cuando á su lado el escoces advierte  
 A la doncella á quien amara tanto,  
 Por quien vertiera inconsolable llanto  
 A la falsa noticia de su muerte,  
 Siente un temblor glacial que luego, luego  
 Se va trocando en devorante fuego.  
 Correr, empero, á echarse entre sus brazos  
 Le impide su respeto hácia el de Anglante,  
 A quien supone de Isabel amante.  
 Así desaparece hecho pedazos  
 De su ventura el frágil edificio;  
 Pues mayor sacrificio  
 Que ver muerta á su amada le parece  
 Pensar que esta á otro amante pertenece.  
 Duélele verla en manos  
 Del caballero á quien la vida debe,  
 Pues por volverla á conquistar aleve  
 Fuera su empeño y sus esfuerzos vanos.  
 En vez pues de atacarle, su garganta  
 Pusiera agradecido  
 Del príncipe de Anger bajo la planta.

Juntos y taciturnos, así llegan  
 Cabe una fuente, en donde  
 Al descanso, bajándose, se entregan.  
 Quitase el yelmo el fatigado conde,  
 Y á Zerbino exhortando á que lo imite,  
 Descubierta á la virgen ver permite

De su amante la faz. Dulce desmayo  
 Siente ella al verlo, y túrbase; mas presto,  
 Cual flor del sol herida por el rayo,  
 Color recobra y apacible gesto.  
 Entónces, sin que nada se lo vede,  
 Hácia su amante corre, y con ternura  
 Lo estrecha entre sus brazos. De ventura  
 Enajenada hablar apénas puede;  
 Mas lágrimas de júbilo salpican  
 El bello seno, cuyo estado explican.  
 Al mirar tanto amor, sin otro indicio  
 Que el nombre del guerrero manifieste,  
 Conoce Orlando que Zerbino es este.

La faz no bien enjuta,  
 Gracias la virgen al de Anger tributa,  
 Sus bondades narrando al escoces.  
 Zerbino, que á su vida  
 Antepone el amor de su querida,  
 Del conde Orlando arrójase á los pies,  
 Y su mano dos veces protectora  
 Rendidamente adora.

A darse gracias iban, mil ofertas  
 Iban á hacerse, cuando  
 Suena ruido en la selva. El yelmo Orlando  
 Pone sobre sus sienas descubiertas,  
 Siguele el escoces; cada cual monta,  
 Armándose, á caballo sin tardanza,  
 Mientra en carrera pronta  
 Con una dama un paladin se avanza.

Era aqueste guerrero Mandricardo,  
 Que, queriendo vengar la suerte impía  
 De Alzirdo y Manilardo,  
 Larga emprendió y extraña correría.

Desde que, empero, consigo  
 Lleva á la dama á quien ganó gallardo,  
 De caminar en pos de su enemigo  
 Se muestra el musulman mucho mas tardo.  
 Bien que dudar aqueste no pudiera

Que va buscando á un paladin de fama,  
No imaginaba que el de Anglante fuera.

Viéndole allí, y al punto  
Sus armas conociendo, altivo exclama:  
« Ese es de mi enemigo el fiel trasunto.

« Tanta de tus hazañas celebradas  
« La fama fué que á nuestro campo vino,  
« Que hace mas de diez dias que camino  
« Lleno de ardor siguiendo tus pisadas.  
« Un hombre, el solo á quien dejó con vida

« Tu cólera homicida,  
« De la muerte nos trajo la noticia

« Del rey de Tremecen y de Noricia.

« Por ver tu rostro y por probar tu aliento,

« En partir no tardé. Bien instruido

« De tus armas, insignias y vestido,

« Te encontré, pues aun cuando

« Desnudo te ocultaras entre ciento,

« Lo audaz de tu talante

« Reconocerte hiciérame al instante.

— « No se puede negar, » replica Orlando,

« Valor al que esas voces articula.

« Si el afan te estimula

« De verme, aqui me tienes;

« Poder darte mas gusto yo no creo

« Que quitándome el yelmo de las sienes.

« Luego que me contemples, tu deseo

« Podré satisfacer, y en la contienda

« Probarte que á ese porte injustamente

« Mi audacia y mi poder no recomienda.

— « Corriente, » dice el moro; « prosigamos;

« Hecha una prueba la segunda hagamos. »

Desde los pies hasta la frente Orlando

En torno al musulman los ojos gira;

Su flanco ve y su arzon; y, no notando

Maza ni estoque en derredor, se admira,

Y de que armas preguntale se vale

Si, cual sucede á tantos, le sucede

Que el asta al atacar se le resbale.

« No tal razon, » respóndele, « te vede

« Empezar el combate, pues que mi asta

« A hacer temblar á mil contrarios basta.

« Espada no ceñir tengo jurado

« Si no conquisto la que Orlando lleva;

« Por eso voy buscándole, afanado

« De hacer con él de nuestro esfuerzo prueba.

« Eso juré (por si saberlo os place)

« El mismo dia en que ciñó mi frente

« El yelmo refulgente

« Que la de Héctor ciñó mil años hace.

« A este yelmo agregada

« Vino á mis manos toda su armadura,

« A excepcion de la espada,

« Que cuando ignoro y como fué robada.

« De la audacia de Orlando y su ventura

« Oyendo hablar, infiero

« Que tiene en su poder aquella espada.

« Por eso hallarle quiero,

« Y hacerle que esa joya que no es suya

« Al verdadero dueño restituya.

« Tambien hallarle quiero porque ansio

« La muerte en él vengar del padre mio.

« Orlando por traicion le dió la muerte

« Que darle de otro modo no podria... »

Falto ya de paciencia, con voz fuerte:

— « Mientes, » gritale el conde,

« Y, cual tú, miente el que cual tú tal diga.

« La fortuna enemiga

« Aqui te guia por tres culpas hoy;

« Que yo el Roldan á quien tú buscas soy.

« A tu padre maté, mas con nobleza;

« Y hé aqui la ilustre espada

« A tu valor, si vences, destinada.

« Bien que mia, consiento

« En que ella el premio del combate sea;

« Así pues, miéntras dure la pelea,

« Suspenderla de ese árbol es mi intento;  
 « Tuya será si tu valor me prende,  
 « O si la tierra con mi sangre tiñe. »  
 Diciendo así, descíñe  
 Durandarte y al árbol la suspende.  
 A medio tiro de arco uno del otro,  
 Para tomar carrera, se separa,  
 Y, aflojando las riendas á su potro,  
 Cada cual de ellos con ardor lo empuja.  
 Las lanzas de la cuja  
 Sacan, y con su punta enarbolada  
 Vienen á herirse en medio á la celada.  
 Inmóviles los dos, al recio embate  
 Resisten; mas sus lanzas, cual de hielo  
 Saltan, hechas pedazos, hasta el cielo.  
 Con lo que de ellas queda entre sus manos,  
 Prosiguen el combate,  
 Mas bien que cual guerreros, cual villanos  
 Que acerca de las lindes se disputan  
 De la tierra ó del agua que disfrutan.  
 A los golpes primeros  
 Los trozos de sus lanzas no resisten,  
 Y, á falta de otras armas, los guerreros  
 Con las manos, coléricos, se embisten.  
 A impulso de ellas cotas y corazas  
 Se abollan, ó se parten en pedazos,  
 Cual si, asidas por sólidas tenazas,  
 Entre el yunque se hallaran y los mazos.  
 Bien quisiera poderse sin desdoro  
 De este combate retirar el moro.  
 Que su ardor no aprovecha es manifiesto;  
 Pues mas que al que lo lleva  
 Es cada golpe al que lo da funesto.  
 Por luchar aproximanse; y bien presto  
 Ase á Roldan el otro, con deseo  
 De hacer en él la prueba  
 Que hizo el hijo de Jove con Anteo.  
 Con impetu hácia sí, forcejeando

Por arrancarlo del arzon, lo tira,  
 Y el exceso de su ira  
 Hace que ambas sus riendas abandone,  
 Sin reparar el riesgo á que se expone.  
 El conde, en tanto, que á vencer aspira,  
 La cauta mano entre una y otra ceja  
 Del palafren de su adversario pone,  
 Y su brida caer al suelo deja.  
 Aferrado de Orlando á la cintura,  
 Se afana el musulman por derriballo,  
 Y tanta fuerza desplegar procura  
 Que hace saltar las cinchas al caballo.  
 Con el pié en el estribo todavía,  
 Al suelo entónces viene Orlando, haciendo  
 Un estrépito igual al que, cayendo,  
 Un saco lleno de armas causaria.  
 Del freno que sujeta su cabeza  
 Libre al verse el corcel del agareno,  
 De ardor y espanto lleno,  
 A discurrir sin direccion empieza.  
 Triste alejarse Doralice advierte  
 Al que hasta entónces le sirvió de guia,  
 Y, no sabiendo cual será su suerte  
 Como llegue á perder tal compañía,  
 Corre tras él; el agareno, en tanto,  
 Con manos y con pies al bruto hostiga.  
 Cual si oírle pudiera,  
 Con gritos amenázalo, y su espanto  
 Redoblando, redobla su carrera.  
 Así corrió tres millas, y corriera  
 Muchas mas á no hallarse  
 A su paso un barranco, do vinieron  
 Caballo y caballero á revolcarse.  
 Golpe terrible dan; mas ¡ caso extraño!  
 Ninguno de los dos recibió daño.  
 Alzase pronto el bruto; mas, sin freno  
 No pudiendo seguirlo, el agareno  
 Lo aferró por la crin, y de vergüenza

Y de coraje lleno,  
 Como domarlo á discurrir comienza,  
 « Toma del mio, toma  
 « El bocado, » le dice la doncella,  
 « Pues, con brida ó sin ella,  
 « Mi voluntad al que yo monto doma.

Al sarraceno descortes parece  
 La propuesta aceptar de Doralice;  
 Mas fortuna bien presto  
 Bella ocasion le ofrece  
 De hacer que su propósito realice.

Cual lobo que el estrépito vecino  
 De cazadores y de perros oye,  
 Así la vieja que huye de Zerbino  
 Se acerca allí. Vestida todavía  
 Con el traje galan que de la dama  
 Del conde fué, venia  
 Montada en el bridon de quien recama  
 La silla el oro y la bondad la fama.  
 Sin haberlo notado,  
 Así del musulman hállase al lado.

Al ver el bello y esplendente traje  
 Con que adornada viene  
 La que de mona tiene  
 Mas bien que de mujer el gesto y traza,  
 La risa no contiene  
 Ni Mandricardo, ni Isabel. La brida  
 Quitando el moro á su corcel, con voces  
 Y gestos le amenaza,  
 Le asusta y pone en fuga. Por las selvas,  
 Por valles y por montes, al acaso,  
 Corre con presto paso  
 Con la vieja, á quien duele y desconcierta  
 El temor de una muerte casi cierta.

Mas, por hablar de esta vision, no quiero  
 Dejar de hablar del inclito guerrero  
 Que á su arzon, sin que nadie se lo vede,  
 Colgando va cuanto servirle puede.

Monta luego, y gran rato á ver si vuelve  
 El sarraceno aguarda;  
 Mas viendo en fin que tarda,  
 A partir en su busca se resuelve.

Cortes, empero, ántes  
 La venia obtiene de los dos amantes  
 Que en sus semblantes su dolor explican,  
 Y que al héroe suplican  
 Les permita seguir su cara huella.

Bien que agradable y bella  
 Fuese esta compañía, él la rehusa,  
 Pues de cobarde á todo aquel acusa  
 Que requiere testigo  
 Cuando al encuentro va de su enemigo.  
 A Isabel y á su amante  
 Ruega al partir el principe de Anglante  
 Que, si ven por la selva al agareno,  
 Le digan que en su busca aquel terreno  
 Recorrer se propone otros tres dias,  
 Al cabo de los cuales  
 Fuerza será, si verle quiere el moro,  
 Que vaya hasta los reales  
 Donde flota el pendon de lises de oro.

Hacer queriendo cuanto fuese grato  
 A su libertador, este mandato  
 Acepta, al irse, el principe Zerbino.  
 Por distinto camino  
 Resuelto el conde á proseguir su viaje,  
 La espada coge, que del árbol cuelga,  
 Y su bridon empuja hácia el paraje  
 Por do de hallar al moro  
 Con la esperanza en su inquietud se huelga.

El curso extraño que siguió la bestia  
 Del musulman fué causa de que vana  
 Fuese del conde Orlando la molestia.  
 Sin encontrarlo, pues, al tercer dia  
 A orillas aportó de un arroyuelo  
 Que en florido verjel todo aquel suelo,

Bullicioso corriendo, convertia.

Del sol el rayo con violencia hostiga  
Al pastor y al ganado en este instante,  
Y mas aun al príncipe de Anglante,  
Que del broquel, del yelmo y la loriga  
Soportar ya no puede la fatiga.

En busca de reposo

Éntrase pues en un verjel frondoso,  
Adonde vino en hora malhadada  
A dar ¡ incauto! la primer pisada.

En él entrando, escrito en la corteza  
De los arbustos á mirar empieza  
El nombre de su dama,  
Que, al nombre de Medoro entrelazado,  
Esculpió su cuchilla en cada rama.

Cada letra que mira

Es un puñal con que el amor le hiere.  
Alucinarse quiere,

Y, sin lograrlo, á persuadirse aspira  
Que otra Angélica fué la que su nombre  
Unido allí grabó con el de otro hombre.

Mas, con nueva atencion examinando  
De su letra la forma conocida,

A sí mismo en seguida

Se dice: « De Medoro,  
« Por disfrazar el mio,  
« Tomó sin duda el nombre la que adoro. »

Cuitado, así viviendo de esperanza  
De una en otra ilusion se precipita,  
Y de un error en otro error se lanza.

Cada vez que en sus penas reflexiona,  
Las aumenta y renueva,

Cual por romper la red que le aprisiona  
El ala inquieto jilguerillo agita,  
Intrincaando sus lazos y su cuita.

Orlando desde allí sus pasos lleva  
Hácia el monte que, encima de la fuente,  
Alza arrogante la encorvada frente.



Orlando halla las cifras de Medoro y Angélica. (T. I, p. 444.)

Los troncos de los árboles contornan  
Hiedras y vides que aquel sitio adornan,  
Una gruta formando, do abrazados  
Los dos enamorados  
Pasar solian del ardor las horas,  
Y do amor por do quiera  
Sus simpáticos nombres esculpiera.

Triste el guerrero hácia la gruta baja,  
A cuya entrada mira  
Versos de aquellos que el placer inspira,  
Y que en un tronco con profunda raja  
Esculpió de Medoro la navaja.  
De lo que ellos decian el sentido  
Era este á nuestra lengua traducido :

« Plantas silvestres, aguas cristalinas,  
Fresca, sombría, silenciosa gruta,  
Donde mi alma dulzuras peregrinas  
Al lado de su Angélica disfruta,  
¡Cuántas veces me visteis sus divinas  
Gracias, que tanto amante se disputa,  
Desnudas estrechar entre mis brazos,  
Contra mi seno, en deliciosos lazos!

« La ventura que os debo solo alcanza  
A compensar mi afan de engrandeceros.  
Cánticos pues de gloria y de alabanza  
Entonaré, rogando á los viajeros  
Que el hado aquí de tiempo en tiempo lanza  
Y á cuantos lleguen, damas ó guerreros,  
Que, cual yo, bendiciendo aqueste suelo,  
Para él imploren el favor del cielo. »

Escrito estaba en árabe, que entiende  
El de Anglante lo mismo que el latin ;  
Que entre otras muchas lenguas que comprende  
Conoce aquella á fondo el paladin.  
Con ella, en medio del contrario campo,  
Logró salvar mas de una vez su vida,  
Nunca, empero, cual hoy comprometida.

Tres veces, cuatro, seis, el infelice

El escrito leyó, buscando en vano  
 Si de otro modo lo que el árbol dice  
 Interpretar podrá. Sobre su pecho  
 Entónces del despecho  
 Siente imprimirse la pesada mano.  
 Suspensa su existencia estar parece,  
 É inmóvil, cual la roca  
 En que clava la vista, permanece.  
 Sobre el pecho caer la barba deja;  
 Mustia y baja la faz, hasta á sus ojos  
 Llanto niega el rigor de sus enojos,  
 Y al labio voz para exhalar su queja.  
 La angustia de su pecho siendo tanta  
 No es extraño que así se reconcentre,  
 Cual agua que, de un vaso de ancho vientre  
 Por salir, refluyendo á la garganta,  
 Se agolpa de manera  
 Que solo gota á gota sale afuera.  
 En su delirio extraño,  
 Piensa Orlando en seguida  
 Alucinarse con un nuevo engaño.  
 Piensa que, de su dama  
 Imitando la letra conocida,  
 Su memoria querida  
 Por hacerle penar alguno infama.  
 Con esta breve y frágil esperanza  
 Animado su espíritu algun tanto,  
 Montado en Bridadoro  
 Parte cuando del sol las trenzas de oro  
 La noche envuelve en su estrellado manto.  
 Bien presto el humo advierte que la cima  
 De una casa corona; del becerro  
 Oye el mugir; del vigilante perro  
 El fiel ladrido; con la espuela anima  
 Al veloz Bridadoro, y se apr oxima.  
 Lánguido, dél bajando, se lo entrega  
 A un mozo atento que á su encuentro llega;  
 La espada otro le quita, otro la adarga,

De su yelmo y su cota otro se encarga.  
 En esta estancia, que del moro el pecho  
 De amor y de placer vió satisfecho,  
 A inconsolable pena  
 Entregado el de Anger, sin otra cena  
 Que sus lágrimas, súmese en el lecho.  
 Por alejar la imágen de la ingrata  
 Vanamente allí lidia;  
 Que de Angélica el nombre y la perfidia  
 Cada objeto que mira le retrata.  
 De hablar y de informarse á su alma acosa  
 El ansia; mas ofúscale y le inquieta  
 El temor de hacer pública una cosa  
 Que tiene empeño en conservar secreta.  
 En vano empero de engañarse trata.  
 Mientras él á sí propio se la oculta,  
 La historia que tan grata  
 A tantos fué, creyendo hacerle obsequio,  
 El pastor largamente le relata.  
 Dícele de qué modo,  
 Por los ruegos de Angélica movido,  
 El mismo á su cabaña  
 Condujo al jóven gravemente herido,  
 Cómo él sanó con rapidez extraña,  
 Mientras de ella en el ánima sencilla  
 De un incendio horroroso  
 Brotó terrible la voraz semilla  
 Que, haciéndole olvidarse de que es hija  
 Del monarca oriental mas poderoso,  
 La decide á que elija  
 A un imberbe soldado por esposo.  
 Al acabar su narracion, presenta  
 Al de Anglante el pastor el dije hermoso  
 Que, de hospedaje tan cordial contenta,  
 Le dió la dama á su postrer agur.  
 Por este medio que á su vista ofrece  
 La ilusion del guerrero desvanece  
 Del crudo amor la bárbara segur.

De su dolor á los violentos tiros  
 Por resistir en vano el conde calla,  
 Que en lágrimas, en quejas y en suspiros,  
 A su pesar, el corazon estalla.  
 Cuando solo, por fin, dar suelta rienda  
 Puede al dolor que le devora el pecho,  
 Un torrente de lágrimas derrama,  
 Suspira, y gime, y clama,  
 Y triste, revolcándose en su lecho  
 De peña dura ó de punzante ortiga,  
 Hecho lo juzga en su mortal fatiga.

Su mente en esto una terrible idea  
 Viene á asaltar. La cama  
 En que triste se agita y forcejea,  
 Es la misma sin duda en que la dama  
 Al jóven recibió que esposo hoy llama.

Cual, viendo una serpiente que rastrea  
 Al lado suyo por la espesa grama,  
 Se alza el villano, el principe á esta idea  
 La aborrecida pluma  
 Deja agitado con presteza suma.  
 Del pastor, de su lecho y de su estancia  
 De tal modo la vista le importuna,  
 Que ni aguarda crepúsculo ni luna.  
 Sus armas toma, y á caballo sale  
 Al bosque, en donde del dolor que siente,  
 Sin testigos, exhale  
 Su corazon los ecos libremente.

Allí noche ni dia  
 De lamentarse y de gritar no cesa;  
 Las gentes huye, y en la selva espesa  
 Se acuesta, ó vaga por la tierra fria.

Maravillado él mismo de que el llanto  
 Que sus ojos derraman no los ciegue,  
 Y de que al pecho tan feroz quebranto  
 Ecos para expresarlo al fin no niegue,  
 En su ímpetu violento  
 Exclama así con dolorido acento:

« De mis ojos ya no son  
 « Esas lágrimas que vierto;  
 « Que, á impulsos de mi pasión,  
 « Fundido sale, estoy cierto,  
 « Por ellos mi corazon.

« Sangre, sangre es de mis venas  
 « Ese humor que desperdicio:  
 « Y el duelo á que me condenas,  
 « Tampoco, oh Amor, es indicio  
 « Del alivio de mis penas.

« Mis suspiros son el viento  
 « Cuyo soplido exacerba  
 « El volcan que en mi alma siento;  
 « Foco de mi cuita acerba,  
 « Origen de mi tormento.

« Triste de mí, solo soy  
 « Sombra ya del que fué Orlando;  
 « Desengañado desde hoy,  
 « Por ese mundo vagando  
 « Sin esperanza me voy.

« Y si el galardón contemplo  
 « Que de mi amor recibí,  
 « Mi júbilo solo templo  
 « Al pensar que al mundo ejemplo  
 « De amor é infortunio di. »

Aquella noche toda, con efecto,  
 Por la selva vagando,  
 Empieza á realizar este proyecto.  
 Al despuntar el sol, junto á la fuente  
 Llega; y allí de nuevo  
 Grabado nota el nombre del mancebo.

Lleno de odio, de cólera y vergüenza,  
 No bien lo mira, á Durindana saca  
 Y á esgrimirla comienza  
 Con furia tal, que al cielo, dividido  
 En menudos pedazos, saltar hace  
 El peñasco ó el árbol do esculpido  
 De Angélica ó Medoro el nombre yace.

Así destruye este verjel tranquilo  
Do hallaban contra el sol y contra el hielo  
Pastores y ganados un asilo.  
Y en sus limpidas aguas arrojando  
Las peñas y los árboles que trunca,  
Las enturbió de modo

Que no volvieron á aclararse nunca.

Cubierto de sudor, rendido, el conde,  
Cuando el aliento á su ira  
Y á su valor ve ya que no responde,  
La vista tiende al cielo;  
Agitase, suspira,  
Y medio muerto, en fin, se arroja al suelo.

Sin comer ni dormir, sobre la yerba  
Tres veces vióle, al despuntar, la aurora,  
Doblando cada vez la pena acerba  
Que su afligido corazón devora.  
Al cuarto día, en fin, furioso se alza;  
De su espalda y sus brazos  
Hace saltar las mallas en pedazos:  
Desármase en seguida y se descalza;  
Por el bosque corriendo,  
Aquí su yelmo ó su loriga deja,  
Por acá su paves, allá su escudo,  
Y sus ropas rasgando y esparciendo,  
De su cuerpo velludo  
Deja ver cada músculo desnudo.

De su pasión el deplorable exceso,  
Soltando en fin á su furor las riendas,  
Le hace perder el seso  
Y la espada arrojar que hizo en su mano  
Tantas y tantas cosas estupidas.  
De su vigor inmenso  
Tengo tan alta opinión yo, que pienso  
Que no mas que por lujo ó por monada  
Lanza enristró jamás, ó empuñó espada.

De esto dió insigne prueba, un pino enorme  
A su primer embate descuajando,

Y tras este arrancando  
Dos ó tres mas. Cual, por tender sus redes  
Al zorzal enemigas,  
Arranca el cazador juncos ú ortigas,  
Del mismo modo arranca Orlando encinos,  
Erguidas hayas y robustos pinos.

Este fragor extraño

Oyen unos pastores,  
Y, en la selva dejando su rebaño,  
Se acercan al autor de estos horrores.  
Mas, por temor de parecer molesto,  
Aquí mi canto á suspender me apresto.

FIN DEL TOMO PRIMERO.